



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 12 de mayo de 1993

El culto eucarístico, principal misión de los presbíteros

1. Para comprender la dimensión completa de la misión del presbítero con respecto a la Eucaristía, es preciso tener presente que este sacramento es, ante todo, la renovación, sobre el altar, del sacrificio de la cruz, momento central en la obra de la redención. Cristo sacerdote y hostia es, como tal, el artífice de la salvación universal, en obediencia al Padre. Él es el único sumo sacerdote de la Alianza nueva y eterna que, realizando nuestra salvación, da al Padre el culto perfecto, del que las antiguas celebraciones veterotestamentarias no eran más que una prefiguración. Con el sacrificio de su sangre en la cruz, Cristo «penetró en el santuario una vez para siempre..., consiguiendo una redención eterna» (*Hb 9, 12*). Así abolió todos los sacrificios antiguos para establecer uno nuevo con la oblación de sí mismo a la voluntad del Padre (cf. *Sal 40, 9*). «Y en virtud de esta voluntad somos santificados, merced a la oblación de una vez para siempre del cuerpo de Jesucristo... En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados» (*Hb 10, 10.14*).

Al renovar sacramentalmente el sacrificio de la cruz, el presbítero abre nuevamente esa fuente de salvación en la Iglesia y en el mundo entero (cf. [*Catecismo de la Iglesia católica*](#), nn. 1362-1372).

2. Por esto, el Sínodo de los obispos de 1971, de acuerdo con los documentos del Vaticano II, puso de relieve que «el ministerio sacerdotal alcanza su punto culminante en la celebración de la sagrada Eucaristía, que es la fuente y el centro de la unidad de la Iglesia» (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 12 de diciembre de 1971, p. 3; cf. [*Ad gentes*](#), 39).

La constitución dogmática sobre la Iglesia reafirma que los presbíteros «su oficio sagrado lo

ejercen, sobre todo, en el culto o *asamblea eucarística*, donde, obrando en nombre de Cristo y proclamando su misterio, unen las oraciones de los fieles al sacrificio de su Cabeza y representan y aplican en el sacrificio de la misa, hasta la venida del Señor, el único sacrificio del Nuevo Testamento a saber: el de Cristo, que se ofrece a sí mismo al Padre una vez por todas, como *hostia inmaculada*» (*Lumen Gentium*, 28; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1566).

Al respecto, el decreto *Presbyterorum ordinis* presenta dos afirmaciones fundamentales: a) la comunidad es congregada, por medio del anuncio del Evangelio, para que todos puedan hacer la oblación espiritual de sí mismos; y b) el sacrificio espiritual de los fieles se vuelve perfecto mediante la unión con el sacrificio de Cristo, ofrecido de modo incruento y sacramental por medio de los presbíteros. Todo su ministerio sacerdotal saca su fuerza de ese único sacrificio (cf. *Presbyterorum ordinis*, 2; *Catecismo de la Iglesia católica*, n. 1566).

Así, aparece el nexo entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio común de los fieles. Y se manifiesta también el hecho de que, entre todos los fieles, el presbítero está llamado de modo especial a identificarse mística y sacramentalmente con Cristo, para ser también él, de algún modo, *sacerdos et hostia*, según la hermosa expresión de santo Tomás de Aquino (cf. *Summa Theol.*, III, q. 83, a. 1, ad 3).

3. El presbítero alcanza en la Eucaristía el punto culminante de su ministerio cuando pronuncia las palabras de Jesús: «Esto es mi cuerpo... este es el cáliz de mi sangre...». En esas palabras se hace realidad el máximo ejercicio del poder que capacita al sacerdote para hacer presente la oblación de Cristo. Entonces se obtiene de verdad por vía sacramental y, por tanto, con eficacia divina. la edificación y el desarrollo de la comunidad. En efecto, la Eucaristía es el sacramento de la comunión y de la unidad, como lo reafirmó el Sínodo de los obispos de 1971 y, más recientemente, la carta de la Congregación para la doctrina de la fe sobre algunos aspectos de la Iglesia entendida como comunión (cf. *Communio notio*, 11).

Se explica, por consiguiente, la piedad y el fervor con que los sacerdotes santos de los que habla en abundancia la hagiografía. han celebrado siempre la misa, realizando una preparación adecuada y añadiendo al final de la misma los oportunos actos de acción de gracias. Para ayudar en el ejercicio de estos actos, el misal ofrece oraciones adecuadas, expuestas a veces en hojas enmarcadas en las sacristías. Sabemos también que varias obras de espiritualidad sacerdotal, siempre recomendables para los presbíteros, han tratado acerca del tema del *sacerdos et hostia*.

4. Otro punto fundamental de la teología eucarístico sacerdotal, objeto de nuestra catequesis, es el siguiente: todo el ministerio y todos los sacramentos están orientados hacia la Eucaristía, en la que «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, III, q. 65, a. 3, ad 1; q. 79, a. 1), a saber, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan vivo por su carne, que da la vida a los hombres, vivificada y vivificante por el Espíritu Santo. Así son ellos invitados y conducidos a ofrecerse a sí mismos, sus trabajos y todas sus cosas en unión con él mismo»

(*Presbyterorum ordinis*, 5).

En la celebración de la Eucaristía se realiza, por tanto, la máxima participación en el culto que el sumo sacerdote Cristo brinda al Padre, en representación y expresión de toda la creación. El presbítero, que ve y reconoce su vida tan profundamente vinculada a la Eucaristía, por una parte siente ensancharse los horizontes de su espíritu hasta abarcar el mundo entero, más aún, la tierra y el cielo, y por otra siente que aumenta la necesidad y la responsabilidad de hacer partícipe de este tesoro . «todo el bien espiritual de la Iglesia». a la comunidad.

5. Por ese motivo, en sus propósitos y programas de ministerio pastoral, teniendo presente que la vida sacramental de los fieles está ordenada a la Eucaristía (cf. *ib.*), procurará que la formación cristiana promueva la participación activa y consciente de los fieles en la celebración eucarística.

Hoy es necesario volver a descubrir el carácter central de esa celebración en la vida cristiana y, por tanto, en el apostolado. Los datos acerca de la participación de los fieles en la misa no son satisfactorios: a pesar de que el celo de muchos presbíteros ha llevado a una participación, por lo común, fervorosa y activa, el porcentaje de asistencia resulta bajo. Es verdad que en este campo, más que en cualquier otro que concierna a la vida interior, el valor de las estadísticas es muy relativo, y que por otra parte la exteriorización sistemática del culto no implica necesariamente su consistencia real. Con todo, no se puede ignorar que el culto exterior es normalmente una consecuencia lógica del interior (cf. santo Tomás de Aquino, *Summa Theol.*, II. II, q. 81, a.7) y, en el caso del culto eucarístico, es consecuencia de la misma fe en Cristo sacerdote y en su sacrificio redentor. Tampoco sería correcto quitar importancia a la celebración del culto invocando el hecho de que la vitalidad de la fe cristiana se manifiesta con el comportamiento según el Evangelio, más que con gestos rituales. En efecto, la celebración eucarística no es un mero gesto ritual: es un sacramento, es decir, una intervención de Cristo mismo que nos comunica el dinamismo de su amor. Sería un engaño pernicioso querer tener un comportamiento de acuerdo con el Evangelio sin recibir su fuerza de Cristo mismo en la Eucaristía, sacramento que él instituyó para este fin. Esa pretensión sería una actitud de autosuficiencia, radicalmente antievangélica. La Eucaristía da al cristiano más fuerza para vivir según las exigencias del Evangelio; lo inserta cada vez mejor en la comunidad eclesial de la que forma parte; y renueva y enriquece en él la alegría de la comunión con la Iglesia.

Por ello, el presbítero debe esforzarse por favorecer de todas las maneras posibles la participación en la Eucaristía, con la catequesis y las exhortaciones pastorales, y también con una excelente calidad de la celebración, bajo el aspecto litúrgico y ceremonial. De ese modo, como subraya el Concilio (cf. *Presbyterorum ordinis*, 5), logrará enseñar a los fieles a ofrecer la víctima divina a Dios Padre en el sacrificio de la misa y a hacer, en unión con esta víctima, la ofrenda de su propia vida al servicio de los hermanos. Los fieles han de aprender, además, a pedir perdón por sus pecados, a meditar en la palabra de Dios, a orar con corazón sincero por todas las necesidades de la Iglesia y del mundo, y a poner toda su confianza en Cristo salvador.

6. Quiero recordar, por último, que el presbítero tiene asimismo la misión de promover el culto de la presencia eucarística, también fuera de la celebración de la misa, esforzándose por hacer de su propia iglesia una *casa de oración* cristiana, «en que .según el Concilio. se adora, para auxilio y consuelo de los fieles, la presencia del Hijo de Dios, salvador nuestro, ofrecido por nosotros en el ara del sacrificio» (*ib.*). Esta casa debe ser apta para la oración y las funciones sagradas, tanto por el orden, la limpieza y la pulcritud con que se la mantiene, como por la belleza artística del ambiente, que tiene gran importancia para ayudar a la formación y para favorecer la oración. Por este motivo, el Concilio recomienda al presbítero «cultivar debidamente la ciencia y el arte litúrgicos»(*ib.*).

He aludido a estos aspectos porque también pertenecen al conjunto de elementos que abarca una auténtica *cura de almas* por parte de los presbíteros, y en especial de los párrocos y de todos los responsables de las iglesias y los demás lugares de culto. En todo caso, quiero confirmar el vínculo estrecho que existe entre el sacerdocio y la Eucaristía, como nos enseña la Iglesia, y reafirmo con convicción, y también con íntimo gozo del alma, que el presbítero es sobre *todo el hombre de la Eucaristía*: servidor y ministro de Cristo en este sacramento, en el que –según el Concilio, que resume la doctrina de los antiguos padres y doctores– «se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia» (*ib.*). Todo presbítero, en cualquier nivel, en cualquier campo de trabajo, es servidor y ministro del misterio pascual realizado en la cruz y revivido sobre el altar para la redención del mundo.

* * *

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

A todas las personas, familias y grupos procedentes de los diversos países de América Latina y de España imparto con afecto la bendición apostólica.